



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

LA ACCIÓN MILITAR ESPAÑOLA EN ÁFRICA: DE LA INTERVENCIÓN A LA COOPERACIÓN

Por Luis Eugenio Togores Sánchez*

1. INTRODUCCIÓN

Desde que España concedió la independencia a sus últimas colonias africanas —Marruecos, Ifni, Guinea y Sahara— la sociedad española ha mantenido una marcada indiferencia hacia todo lo relativo al Tercer Mundo. Este «olvido» contrasta profundamente con el meteórico auge que han tomado algunos temas internacionales en la sociedad española en los últimos tiempos. La OTAN, la integración en el CEE, las relaciones con Hispanoamérica —sobre todo a raíz del «92»—, son, hoy día, objeto de discusión por parte de la opinión pública, a pesar de mostrarse, ésta, tradicionalmente desinteresada por las cuestiones de política exterior.

Haciendo ya especial referencia al tema de la acción militar española en África —ya sea como intervención o en forma de cooperación—, hay que afirmar que el desinterés por todo lo africano que se vive en España se convierte en abierto rechazo a la hora de analizar la percepción española en relación al casi permanente conflicto en que vive sumido el continente negro y la forma en que éste afecta o puede afectar a España. Este rechazo nace ineludiblemente de unos condicionamientos de raíz histórica propios de la España de la edad contemporánea¹.

2. LOS CONDICIONAMIENTOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA

La actuación y presencia de España en África durante los dos últimos siglos, y más especialmente tras el Congreso de Berlín de 1885, se han caracterizado por una falta de proyección de lo «español», de forma casi absoluta, en todo el continente africano, con la salvedad de nuestras escasas posesiones coloniales².

La historiografía actual no muestra dudas en llamar al siglo XIX la «Era del Imperialismo». Las grandes y medianas potencias —Gran Bretaña, Francia, Alemania, entre las primeras; Italia, Bélgica entre las segundas— se lanzaron a importantes operaciones de conquista que llevaron al completo reparto del suelo africano³.

España a principios de siglo ya había perdido la mayor parte de su Imperio Ultramarino, donde antes no se ponía el sol, por causa de la independencia de la totalidad

de sus territorios continentales en América, quedando así convertida en potencia colonial de segunda fila. Era propietaria de un disperso «Imperio» compuesto en su mayor parte por islas —Cuba, Santo Domingo, Filipinas, Carolinas, Marianas, Palaos...—, que por causa de su dispersión y dada la debilidad del sistema colonial español, resultaban difícilmente defendibles.

Esta fragilidad e incapacidad por parte de España para conservar sus, ya escasos, territorios ultramarinos durante el siglo XIX y comienzos del XX vino dada por una doble motivación: En primer lugar por causa de un proceso, primero colonizador, y más tarde redistribuidor, que llevó, durante todo el siglo XIX a las grandes potencias a ejercer una política «darwinista» enmarcada en una dinámica de implantación de los derechos del más «fuerte»⁴, ejercida en un primer momento sobre los estados y pueblos afroasiáticos, para más tarde ejercerla sobre las antiguas potencias coloniales en declive. Dicha situación se evidenció con especial claridad durante la guerra hispanoamericana de 1898. En segundo lugar, por la existencia de un permanente conflicto interior en España que asoló los recursos y polarizó la atención del país a una dinámica interior carente de toda proyección de futuro. Así, el desarrollo del período histórico comprendido entre 1815 y 1939 deja ver que no es simplemente un desorden, o estado de guerra civil continuado, sino más bien un conjunto de problemas ninguno de los cuales encuentra solución adecuada, y que prestan a España la imagen de una Europa en miniatura por lo extremado de sus contrastes y conflictos internos⁵.

Durante buena parte de la época contemporánea España vivió alejada, aunque no aislada del desarrollo histórico de Europa. Surgiendo así un espíritu «castizo», egocéntrico y absorbente que en buena medida sólo permitió una mediatizada proyección exterior, entendido esto como la necesidad de mantener un endeble edificio colonial en calidad de teórico sustentador de un status internacional dentro del contexto político de la época. Esta premisa llevó a volcar los escasos recursos no consumidos por el conflicto interior —estrictamente peninsular— en agotadoras e infructuosas contiendas coloniales que repercutieron, en la mayoría de los casos, negativamente en el desarrollo metropolitano, de una forma diametralmente diferente a las que estaban produciendo las corrientes imperialistas de la época en otras naciones.

En algunos Estados europeos —siendo el ejemplo por excelencia Gran Bretaña— la «opinión pública» se mostró abiertamente partidaria del imperialismo, incluso en su faceta más impopular como eran las guerras⁶; en tanto que en España hubo un casi generalizado rechazo a toda actuación militar en ultramar, explicable sobre la base de los siguientes puntos:

1. El hecho de estar los ejércitos enviados a ultramar por España compuestos por «quintos» —a diferencia de los voluntarios, profesionales o nativos mantenidos por Inglaterra o Francia en la mayor parte de sus colonias durante el siglo XIX—, haciendo así recaer todo el peso de dichas guerras en las clases populares. Desarrollando éstas un rechazo total a las guerras coloniales —en especial a las de Marruecos— en contraposición al clamor popular levantado tanto en la Guerra de Independencia como en los diferentes conflictos civiles durante todo el siglo XIX y parte del XX⁷

2. La carencia de beneficios que reportaban las colonias a España —con la sal-

vedad de Cuba—lo que contrastaba con los inmensos frutos que reportaban a Inglaterra o Francia su Imperio Ultramarino, siendo esta situación fundamental para la comprensión del estado de la opinión pública en materia de conflictividad colonial al no traslucir de ninguna manera los beneficios esperables tras el esfuerzo bélico realizado.

Para los Estados con grandes posesiones ultramarinas las acciones coloniales de índole militar supusieron, en muchísimos casos, el camino más corto para el logro de inmensos territorios que les trajeron riqueza y poder. Para la España contemporánea esta actuación militar exterior supuso penurias y tragedias inimaginables en la casi totalidad de los casos. La historia más próxima de España viene marcada por una serie de hitos encaminados a apuntalar una «idea» de pasada grandeza a todas luces ya irrecuperables: Guerra de África (1859-1860), la expedición franco-española a Cochinchina (1859-1862), guerra de Santo Domingo o de la Restauración (1863-1865), guerra del Pacífico (1865-1866), guerra de Cuba (1868-1878), conflicto hispano alemán por las Carolinas (1885), guerras coloniales de Cuba y Filipinas (1895-1898), guerra hispano-americana de 1898, surgiendo a partir de este momento un ininterrumpido conflicto en el protectorado marroquí zanjado con el desembarco de Alhucemas, para posteriormente cobrar nuevos bríos tras la independencia de Marruecos, con la «crisis» de Ifni, la independencia —mejor cesión— del Sahara, este último capítulo ya en 1975.

Los menguados éxitos no reportaron beneficio alguno⁸. Cavite, Santiago de Cuba, Annual, Barranco del Lobo..., son algunos de los sucesos más destacados de los muchos que ensombrecen la acción militar hispánica en sus colonias. Situación que llevó a identificar toda acción bélica ultramarina con los adjetivos de derrota y fracaso.

La intervención española en África está tachonada con sangre, situación que desencadenó sucesos metropolitanos de tan inmensas consecuencias en la historia interior que hacen que lo colonial pierda dicho título para convertirse en llana y simplemente una parte más de la historia de la España peninsular; la «Semana Trágica», el advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera y los sucesos que ésta desencadenó —fin de la monarquía de Alfonso XIII, la II República, Guerra Civil y Franquismo—, son de profunda raíz ultramarina obligando a un estudio de la acción militar española, especialmente en África, bajo parámetros netamente diferentes a los desarrollados por otras potencias coloniales europeas. Esta situación lleva a una línea de actuación y conformación de pensamiento muy diferente al desarrollado en países vecinos a pesar de una evolución histórica general a primera vista similar.

3. LA DESESTABILIZACIÓN DE LAS NUEVAS NACIONES AFRICANAS TRAS LA INDEPENDENCIA

El fin del Imperio Británico y el cambio sufrido en Francia, y en otras naciones europeas, después de la Segunda Guerra Mundial hicieron posible el surgimiento de sentimientos nacionales e independentistas en lo que eran sus antiguos territorios coloniales de Asia y África. La «Carta del Atlántico»⁹ dio nacimiento oficial a un proceso

que ya venía fraguándose desde el período de entreguerras. La Revolución China y el 'gandhismo' dieron salida a un irrefrenable proceso que desembocaría en las independencias africanas de los años sesenta. Inglaterra, tras la traumática partición de la India, sucumbirá ante la tempestuosa y primitiva rebelión «Maumau» de los Kikuyo, ante el proceso independizador lanzado por Kwame Nkrumah en Costa de Marfil, bajo las bombas de IRGUN, frente al nasserismo que nacionalizará el Canal de Suez y demostrará que Gran Bretaña ya no es una de las grandes potencias. Francia verá cómo su potestad en ultramar queda destrozada en Dien Bien Phu, durante la crisis tunecina de Bizerta, en la sangrienta guerra colonial y metropolitana de Argelia, con el «no» de Sekou Toure al proyecto de mancomunidad francófona. Todo hacía prever que los días de los «amos blancos» habían terminado.

La revolución anti-colonial africana supuso el fin de una estructura egocéntrica-europea nacida en el siglo XIX. El fin del proceso descolonizador dio paso a una sociedad internacional nueva, con muchos más actores, pero marcada por la existencia de dos bloques opuestos.

Ante la nueva situación las, ahora en declive, potencias coloniales se doblegan frente a la nueva y adversa situación. Inglaterra asumirá posturas que la llevarán a un distanciamiento de sus antiguas colonias. Francia se mostrará rapaz, y no será hasta la llegada del general De Gaulle cuando podrá sobreponerse al síndrome argelino, de manera ventajosa para ambas partes. Las crisis congoleña, manejada con impericia por todo Occidente, especialmente por Bélgica, dejará África sumida en un mar de recelos, que aún perduran, respecto a las intenciones de Occidente. Finalmente, Washington, tras un poco acertado paso en su política exterior en el Medio Oriente, abrirá las puertas de África a la URSS, una zona que hasta entonces le estaba vedada. Un nuevo factor hace su entrada en el, de por sí complejo, mundillo de la política africana.

Las inquietudes y debilidades estructurales que muestra África pronto son aprovechadas por rusos, chinos y cubanos. La forma en que Francia solventó el conflicto argelino y los ingleses los casos de Nigeria y Kenia no resultan la norma general. La constante es la falta de prevención, el aferramiento a postulados arcaicos —como en el caso portugués o en la crisis congoleña— que facilitan la acción de los países próximos a Moscú. La falta de decisión de Estados Unidos en hacerse cargo de las responsabilidades en materia de defensa del continente africano hizo que una zona, hasta entonces segura para Occidente, se convirtiera en un permanente foco de conflictos armados. Angola, Etiopía, Guinea, Libia, Zanzibar, Tanganika, Congo, Ghana, Somalia, Malí, Chad, etc., en momentos diferentes caen bajo el influjo de un régimen «marxista» o «prosoviético» sostenido por una copiosa ayuda militar. No será hasta la década de los sesenta cuando de nuevo Occidente pueda anotar algunos éxitos en las agendas de sus mandatarios occidentales.

La situación de abandono en que se dejó a los regímenes conservadores de África resquebrajó la credibilidad en las democracias occidentales. Los gobiernos conservadores se sentían indefensos y abandonados ante la creciente actuación política y militar de Rusia, China y Cuba en el continente. La muchas veces consentida, cuando no apoyada, presencia de tropas mercenarias en defensa de regímenes conservadores africanos o de oscuros intereses económicos se había demostrado como ineficaz cuando

no abiertamente contraproducente. Por lo que la ONU, tras la crisis katanguesa y la Guerra de Biafra, inició una persecución contra toda acción mercenaria.

En este estado de cosas el presidente de la República Francesa, Giscard, siguiendo las líneas políticas de prestigio, autonomía en independencia de actuación, características de Francia respecto al grupo de países europeos de la OTAN, estimó indispensable restaurar la credibilidad de Occidente en África.

Francia tenía suficientes intereses, influencias, así como un importante dispositivo militar con capacidad ofensiva, para comenzar una nueva línea de actuación claramente neocolonial que hacía factible que el Gobierno de París se autoerigiese en el gendarme occidental de buena parte del continente negro.

Sin lugar a dudas en aquellos días Francia era el país de Europa donde el poder ejecutivo era más sólido y menos discutido. En 1978 el periodista norteafricano Amin Maado calificaba el poder de Giscard con las siguientes palabras¹⁰:

«Sólo Valery Giscard d'Estaing puede comprometer a sus tropas en un conflicto en menos de veinticuatro horas, sin arriesgar un bloqueo parlamentario o una crisis gubernamental. El presidente de la República Francesa es el auténtico hombre fuerte de Occidente».

Sin existir ningún pacto militar multilateral, sin acuerdos bilaterales previos, las tropas francesas comenzaron a auxiliar a toda nación africana que solicitase apoyo contra cualquier tipo de insurgencias sostenidas o alentadas por el deseo de expansión soviética en el continente. Así cuando los katangueses llevaron a cabo desde Angola la primera invasión de Zaire, 2.000 soldados franceses desbarataron la acción de 40.000 hombres de Mobutu. Desde las seis bases permanentes de Francia en África —Dakar, Abidjan, Libreville, Yibuti, Mayotte y La Reunión— el Gobierno de París ejerció una política de abierto intervencionismo encaminada, tanto a preservar los regímenes conservadores, como a perpetuar y acrecentar la presencia y los intereses de Francia entre un colectivo de pueblos y naciones «francófonos», supeditados a la voluntad de París. Situación ésta que suponía a Francia un mercado privilegiado, así como una fuente inagotable de recursos y de poder. Francia surgía como «paladín» antimarxista por obra y gracia de su tradición, de su pasado colonial y de Giscard. Había nacido la política de los 'PARAS'¹¹.

La acción francesa permitió que tanto Estados Unidos como Inglaterra recuperasen el aliento y estableciesen medidas colectivas para crear un 'interland' (sic) de seguridad y equilibrio en el continente. La presencia de una potencia blanca estable, radicalmente antimarxista, Sudáfrica, garantizaba el equilibrio del «Cono Sur». En tanto que una serie de pequeños conflictos locales, de desgaste, permitirían al Este y al Oeste mantener un moderado equilibrio en África. Las viejas metrópolis coloniales se encargarían de mantener sus antiguas colonias libres de la tentación marxista.

En 1987 los conflictos en África —Sudáfrica, Mozambique, Angola, Chad, Sudán, Etiopía, Uganda— se desarrollaban dentro de unos parámetros de intervención controlada —por ambas partes—, dentro de un modelo de conflictos de «baja intensidad», que permitirían a ambos bloques no ceder terreno, sin ver amenazada la seguridad global, ni desestabilizar ni perder prestigio en la zona.

Situación que a raíz de la profunda crisis que viven en la actualidad los países del bloque del Este —fruto de la «perestroika»—, y la discutida pero eficaz presidencia Reagan-Bush, ha permitido el desbloqueo de varios conflictos africanos, siendo quizá lo más destacable el fin de la guerra de Angola y el proceso de evacuación —por sudafricanos y cubanos— de Namibia.

CONSEJEROS MILITARES DEL ESTE EN ÁFRICA (año 1981)¹²			
	URSS	CUBA	RDA
África Subsahariana			
Angola	700	8.000	450
Congo	850	960	15
Etiopía	2.400	5.900	550
Guinea	375	230	125
Malí	635		
Madagascar	370	55	
Mozambique	500	1.000	100
Tanzania	300	95	15
Norte de África			
Argelia	8.500	170	250
Libia	2.300	3.000	

4. ¿EXISTE UNA COOPERACIÓN ESPAÑOLA EN ÁFRICA EN MATERIA MILITAR?

En este estado de cosas la existencia de una memoria histórica ha impedido que España aceptara su responsabilidad como antigua potencia colonizadora perteneciente al bloque occidental, especialmente en materia militar, cuando así las circunstancias lo han exigido.

Su participación en el conflicto africano se ha limitado a pequeñas intervenciones sostenibles dentro de su tradicional marginación de todo lo que acontece en el continente negro, y desde una óptica estrictamente particular, dado su carácter peculiar de ex metrópoli.

Los puntos principales y únicos de atención de España en África son:

1. Mantenimiento del actual status de Ceuta y Melilla, de cara a sostener la presente situación frente a un Marruecos radical, aunque momentáneamente dedicado a la guerra en el Sahara. Las buenas relaciones entre ambas monarquías no supone una seguridad sobre el futuro de las relaciones hispano-marroquíes¹³.
2. Negociaciones con Marruecos para mantener los derechos de pesca en el banco sahariano. Soportando las numerosas agresiones y conflictos que ocasionan nuestra presencia, sin tomar en ningún momento medidas de fuerza en la zona.

3. Total abandono del Frente Polisario, con la esperanza de ganar así la buena voluntad de Marruecos.

Estando estos tres puntos fuertemente condicionados por la existencia de las Canarias y las necesidades políticas, económicas y estratégicas de las mismas.

4. Negociaciones con Argelia respecto al gas natural y la situación de la banda armada ETA en aquel país. (Nota.—El artículo se refiere al año 1988, cuando esta cuestión aún estaba pendiente de resolución.)
5. Atención hacia Guinea, pero sin querer o saber la responsabilidad y los beneficios que una postura firme —cimentada en términos económicos y militares— traería. Cediendo ante una Francia cada día más terreno.
6. Mínima cooperación técnica y militar con Mozambique sin que quede claro el resultado y utilidad final de esta actuación.
7. La presencia de «cascos azules» españoles al servicio de la ONU.

Siendo Guinea y Mozambique los únicos países africanos que se benefician de nuestra cooperación estatal de cierto volumen, contando en ella con un relativo componente militar. El resto de la comunidad de países africanos vive en la marginación por parte de España, salvo algunos becarios zaireños, de Malí, Costa de Marfil y otros, en universidades españolas. La existencia de una cooperación de carácter misional, independiente, bajo un apoyo estatal —más teórico que real—, o la existencia de «Casas de España» en algunas capitales del mundo árabe, componen el resto de la acción exterior en materia de cooperación del Estado español en África.

5. LA AYUDA MILITAR A GUINEA ECUATORIAL

El proceso descolonizador realizado por España está tachonado por errores fruto de unas carencias ya manifestadas durante la colonización y puestas nuevamente de manifiesto especialmente durante el proceso emancipador. A pesar de estas deficiencias en la descolonización —tanto en el caso guineano como en el saharauí— estos errores no resultan especialmente graves si los comparamos con los realizados por naciones con tanta experiencia, práctica y tradición como Francia o Inglaterra.

La subida del poder como primer presidente de Macías¹⁴ no sólo supuso la progresiva pérdida de todos los intereses, tanto particulares como estatales, de los españoles en Guinea¹⁵, sino también una progresiva mutación de un país inicialmente pro-occidental hacia la órbita de Rusia, primero, y China después, para terminar en una dictadura salvaje y primitiva repudiada tanto por el Este como por el Oeste.

El 3 de agosto de 1979 Macías huía a la selva protegido por una pequeña escolta de soldados chinos¹⁶. Era el comienzo del fin. El golpe cambió por completo la situación. Nació un Consejo Militar Supremo (CMS), presidido por el entonces teniente coronel Teodoro Obiang Nguema. Militar formado en España y hasta había poco ministro de Defensa

de Macías y que al igual que él pertenecía a la etnia Asangui dentro del clan Momgomo.

Desde su llegada al poder, el nuevo presidente Obiang¹⁷ lanzó un llamamiento a su antigua potencia colonizadora para que se hiciese cargo de la reconstrucción del país. Esta petición de ayuda se extendía a las Fuerzas Armadas especialmente castigadas, absolutamente desorganizadas y corroidas por la indisciplina implícita en el salvaje Gobierno de Macías.

Si bien en un primer momento el Gobierno Suárez pensó enviar a una unidad de la Legión española para que se encargase de controlar la situación durante los primeros momentos, sirviendo de guardia personal al presidente, tal idea pronto fue desechada. El Gobierno de la UCD, tras meditar la petición, la rechazó por considerarla como una medida de índole neocolonialista —en la línea de París— y, por tanto, poco ética para la bisoña democracia española. España perdió la mayor oportunidad que ha tenido para cimentar el futuro de una cooperación realmente efectiva y beneficiosa para ambos países, construida sobre una base que se ha demostrado eficaz, e imprescindible, en África negra. Será el rey Hassan II de Marruecos el que proporcione la escolta pedida, en forma de una compañía de las Fuerzas Armadas Reales junto con algunos técnicos en seguridad.

España rechazó la obligación de ocupar su puesto en defensa de sus propios intereses y los de todo Occidente, no aceptando una responsabilidad moral, tanto respecto a los africanos como de cara a sus aliados de Europa y Estados Unidos. La oscura e imperceptible memoria histórica actuó esta vez de forma negativa para los intereses de España.

Con todo, las esperanzas de la URSS de perpetuar en Guinea su status privilegiado se vino abajo. La gigantesca base pesquera de Luba fue desmantelada y el Gobierno de Malabo solicitó que Moscú mantuviese la representación diplomática más reducida y mínima que permitiese el servicio. Con todo, sin quererlo, España se veía metida en el «juego» de la defensa de la retaguardia africana de Occidente, aunque fuese a su pesar.

Pronto llegarán cuatro centenares de cooperantes enviados desde España, junto con un primer contingente de 3.000 millones de pesetas. Con estos cooperantes civiles llegó también una reducida misión militar para prestar asistencia técnica en materia de defensa y de seguridad.

Esta acción cooperante de carácter general se planteó inicialmente en tres etapas:

1. Restablecimiento de relaciones diplomáticas y envío de ayuda de emergencia sin protocolos previos.
2. Firma de protocolos de inicio de la cooperación.
3. Firma el 23 de octubre de 1980 del Acuerdo de Amistad como inicio de la verdadera cooperación. En este marco se encuentra el primer protocolo de Asistencia Técnica de Defensa y Seguridad.

El plan elaborado para la cooperación en materia de defensa se centró en el informe del comandante de Infantería español don Francisco Laguna Sanquirico. El informe reseñaba las absolutas carencias y problemática de las FAG¹⁸. Éste resulta sumamente esclarecedor sobre la situación encontrada por los militares españoles a la llegada a Guinea. Pero a esta situación hay que unir una problemática inicial de índole no rigurosamente castrense, la importancia de la ingerencia soviética en el aparato militar guineano, por lo que era de esperar una acción por parte de los servicios soviéticos contra la acción española. Se pensaba que la URSS no consentiría ser substituida por España, y menos como «gendarme» de un tercero, en un punto básico dentro del golfo de Biafra.

La existencia de un grupo de militares guineanos de formación española, entre ellos el propio Obiang, exorcizaron este problema al imponer su criterio frente a grupos de oficiales —como el teniente coronel Fructuoso Mba Oñana formado en el Este (habían pasado seis meses en Corea del Norte), o como Carmelo Owono y Ricardo Elo, funcionarios estatales entrenados en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú—; el paso del tiempo ha demostrado que los temores de una acción pro-rusa eran excesivamente exagerados, aunque no descabellados.

Con la creación del marco jurídico necesario, España comenzó su cooperación militar mediante el envío de dos aviones C-212 «Aviocar» de las Fuerzas Aéreas para asegurar el enlace entre la isla de Bioko y el continente. Llegaron una veintena de policías nacionales —incluyendo oficiales y suboficiales— para formar la Policía Nacional de Guinea Ecuatorial. El Ejército de Tierra envió una docena de jefes y oficiales para instruir a las Fuerzas Armadas ecuatoguineanas.

Se fomentó un plan general para la reorganización de las FAG, con la creación de Ordenanzas, decretos sobre la Defensa Nacional, reglamentación del Ministerio de Defensa, del Consejo Superior de Defensa y del Estado Mayor. Se intentaron crear unos verdaderos cuadros de mando —lo que resultó muy difícil dada la corrupción, indisciplina, ausencia del sentido de la jerarquía, etc., que había imperado en tiempos de Macías, y que había viciado a la clase militar—, por lo que se organizó un cursillo sobre «moral militar» para oficiales, suboficiales y cadetes, con idea de erradicar estos vicios. Mediante campamentos se comenzó la organización de unidades operativas pasando ya a un plano puramente operativo.

Con todo, no se logró vencer la falta de disciplina, la corrupción congénita y un odio hacia lo español, sembrado durante el anterior régimen. A esta situación adversa hay que sumar la total carencia de material bélico, de acuartelamientos, de campos de tiro..., que hacía aún más difícil la creación de unas Fuerzas Armadas eficientes.

El plan español resultó frenado sobre todo por las ya citadas corruptelas, como por el carácter tribal del poder. En este estado de cosas se planteó a Guinea, por primera vez, la alternativa de acogerse a un plan eficaz, en la teoría de cooperación, o España se desligaría de Guinea. España formuló una propuesta en tres fases, teniendo como objetivo prioritario los temas de seguridad y defensa, siendo éstos la base de una progresiva cooperación en todos los campos.

En septiembre de 1981 el general inspector de la Policía Nacional, Sáez de Santamaría, visitó Malabo y Bata para el lanzamiento del plan de actuación conjunta que preveía la creación de una fuerza especial de seguridad para el presidente Obiang con oficiales y suboficiales españoles, que sustituiría a la compañía marroquí. Esta fuerza fue formada en España por los GEOS, siendo básicamente una fuerza antigolpista para frenar la infiltración URSS en el ejército¹⁹.

Se elaboró un plan de dotaciones con un costo de 3.000 millones sobre la siguiente base:

- Dotación de armamento.
- Dotación de vehículos tácticos y de servicio.
- Creación de una infraestructura logística: cuarteles, depósitos de Intendencia, etc.
- Formación en España de la Policía Nacional Guineana.
- Aumento de los asesores españoles para formación y organización.
- Entrenamiento de pilotos guineanos en la Academia del Ejército del Aire de San Javier (Murcia).
- Entrega de dos C-212 «Aviocar».
- Entrega de dos lanchas patrulleras costeras.

Este proyecto, tras una visita de Calvo-Sotelo a Guinea, fue casi totalmente suspendido, quedando la cooperación militar reducida al entrenamiento en España de algunos jefes y oficiales, mantenimiento de los «Aviocar» en servicio y dotación de material militar de carácter estrictamente fundamental. El gran proyecto de cooperación militar como base de toda la acción conjunta de futuro dio paso a una colaboración estrictamente civil, salpicada de tristes sucesos —siendo el «crack» del Guinesterbank sólo el más conocido de ellos— que permitió la entrada a saco de Francia en esta pequeña nación africana, que no puede y no sabe autoadministrarse, necesitada de una férrea tutela, pero que sólo aceptará la de Francia ante el abandono e ineficacia mostrados por España en el difícil tutelaje que se le pidió, y aún se le pide.

Hoy, años después de aquella primera oportunidad desperdiciada, un Gobierno socialista —que ha perdido, muchos de los complejos de demócratas novatos que arrasaba la UCD— ha manifestado, a raíz de una relativamente reciente visita de una comisión parlamentaria española a Guinea, tras un semigolpe de Estado, en unas fechas en que la cooperación española está pasando uno de sus peores momentos, y en que Francia está desatando una campaña neocolonialista en la antigua posesión española, la necesidad de recomenzar la acción exterior sobre las bases que ya en 1979 rechazó Suárez.

«Ahora, después de la visita parlamentaria, parece que se han aclarado algunas ideas. Resulta que el neocolonialismo francés aplicado a su área africana no es tan malo como se pensaba. Por ejemplo, existe consenso desde Juan Manuel Fabra, Alianza Popular, hasta Manuel García Fonseca, de Izquierda Unida, pasando por Iñaki Anasagasti, del PNV, en no rasgarse las vestiduras en el caso de que fuera necesario enviar fuerzas españolas a garantizar la seguridad o estabilidad de Guinea en sustitución de la guardia marroquí de Obiang Nguema»²⁰.

Para cimentar una acción exterior en África, en materia de cooperación realmente efectiva, y a riesgo de ser tachado de neocolonialismo, resulta imprescindible crear modelos al estilo de los ya comprobados. La presencia militar de la potencia colonizadora ahora cooperante resulta, en la mayoría de los casos —en África negra—, necesaria para garantizar el fin de corruptelas, la paz y la eficacia del dinero y esfuerzo invertido en temas de desarrollo a todos los niveles.

La presencia cooperante de la Guardia Civil en Mozambique, y de la existencia de «casos azules» españoles, hace pensar que algo está cambiando.

CONCLUSIONES

En unos momentos en que España realiza una acción cooperativa con la antigua colonia de Mozambique, mediante la creación de una granja modelo —absolutamente dotada—, y que cuenta con un sistema de autoprotección mediante una fuerza armada entrenada por la Guardia Civil, nos lleva a preguntarnos: ¿España se va a plantear seriamente el futuro de su cooperación? ¿Por fin se ha dado cuenta el Gobierno español que la cooperación con el África Subsahariana pasa previamente por la creación de una adecuada ayuda militar que sostenga tanto al régimen que se apoya, así como los propios intereses de España?

El Gobierno y el Parlamento parecen haberse enterado de la realidad africana —según manifestaciones de los diputados que viajaron a Guinea—, de lo que se deduce que la cooperación africana —lo que es decir, con Guinea y Mozambique, pues la cuestión del Sahara Occidental sigue aparentemente olvidada— va a tomar un cauce efectivo, con participación castrense.

España no puede ni debe dejar descuidada su presencia en África, tanto por motivos morales, como políticos o económicos. Pero para que esta acción exterior no se pierda se hace necesaria la creación de cuerpos de cooperantes conocedores de África y de los africanos, y no solamente funcionarios, militares, policías o técnicos destinados allí como si fuesen a cualquier otra vacante dentro de España.

Madrid, 8 de noviembre de 1989.

Notas

◆¹ Hoy en día no es raro la existencia de una opinión, entre amplios sectores de la población, relativa a que antes de afrontar un conflicto armado por Ceuta y Melilla sería preferible desprenderse de estas plazas. Siendo esta opinión fruto directo de la citada memoria histórica.

◆² La implantación de España, de su cultura, etc., en sus colonias africanas fue mínima si la comparamos con la lograda por otras potencias.

◆³ Sólo Abisinia, o mejor Etiopía, logró librarse de pasar a manos extranjeras en todo el continente africano. Por dos veces Italia se vio expulsada de territorio etíope tras largas y costosas campañas.

◆⁴ Salom Costa, Julio: «España en la Europa de Bismarck». CSIC, Madrid, 1967, p. 12.

◆⁵ Jover Zamora, José María: «La Percapción Española de los Conflictos Europeos». En *Revista de Occidente*, núm. 57. Madrid, 1986, p. 14.

◆⁶ La opinión pública británica casi siempre apoyó totalmente las acciones militares en las colonias emprendidas por sus Gobiernos —cuando no incitadas por la propia opinión— para «la mayor gloria del Imperio». Lytton Strachey, en su obra «Gordon en Jartum» comenta la actuación de la opinión pública que obligó al Gobierno a tomar medidas de fuerza en la cuestión del Sudán. Esto resulta inimaginable en ninguna de las guerras coloniales sostenidas por España, salvo en la de África (1859-1860), como muy bien refleja Pérez Galdós en sus Episodios Nacionales.

◆⁷ Sólo la ya citada guerra de África de 1859 y la defensa de la españolidad de Cuba lograron ganar la popularidad en la España anterior a 1936.

◆⁸ La expedición franco-española a Cochinchina resulta el ejemplo más esclarecedor. Sara Rodicio en su tesis doctoral «Una encrucijada en la historia de España. Contribución hispánica a la expedición de Cochinchina», leída en 1987 —aún sin publicar—, realiza un interesante análisis de este éxito militar convertido en fracaso político.

◆⁹ Declaración de principios entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, seguida de una entrevista entre Churchill y Roosevelt, donde éste último solicitó que se accediese a la concesión de la independencia de las colonias en la postguerra.

◆¹⁰ Pérez-Reverte, Arturo: «La política de los "Paras"», en *Defensa*, núm. 4. Madrid, agosto de 1978, p. 19.

◆¹¹ La modélica «cooperación de Francia en África viene perfectamente analizada por Pérez-Reverte (op. cit.) en las siguientes palabras: «Para Giscard, Francia no podía permitirse el lujo de perder el respeto —y las ventajas— derivadas de la tradición africana de su país, que siguió manteniendo, tras la descolonización, estrechos lazos con la mayor parte de los regímenes francófonos. Uno de los primeros informes que solicitó a su llegada al Elíseo fue sobre la situación de las Fuerzas Armadas galas. Desde luego, nada indicaba que Francia pudiese comportarse en África como "gran potencia", de igual a igual con la URSS... Pero había otras posibilidades. Por ejemplo, una serie de bien calculados golpes psicológicos, con poco riesgo y buena ganancia».

◆
¹² Fuente ABC, 30-9-1981, p. 15.

◆
¹³ El semanario *Panorama*, en su número del 30 de octubre de 1989, p. 22, trae las siguientes apreciaciones del coronel español Martínez Inglés: «(...) Ahora Marruecos tiene un ejército perfectamente preparado porque está combatiendo desde hace catorce años (...) Si nos atacaran sería un desastre nacional total. Se podría repetir el desastre de Annual».

◆
¹⁴ El libro de Donato Ndong, «Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial», *Cambio 16*, Madrid, 1977, hace una interesante reflexión sobre la subida al poder de Macías. Resulta asimismo interesante ver la memoria de licenciatura «mecanografiada» de Mercedes Romero Gallego titulada «Guinea Ecuatorial, de la provincialización a la independencia».

◆
¹⁵ Sobre el fin de la presencia española en Guinea y la crisis de los intereses españoles Vid., Ramón García Domínguez «Guinea, Macías, la ley del silencio», Plaza & Janes, Barcelona, 1977.

◆
¹⁶ Hubo varios intentos de derrocar a Macías, uno de ellos—según se rumorea— fue patrocinado por Carrero Blanco, y por el novelista Frederic Forsyth. En parte de estos acontecimientos está basada su novela «Los Perros de la Guerra».

◆
¹⁷ Sobre este período el propio Obiang ha escrito un libro titulado «Guinea Ecuatorial. País Joven. Testimonios políticos». Ediciones Guinea. Malabo, 1985.

◆
¹⁸ FAG equivale a Fuerzas Armadas Guineanas.

◆
¹⁹ Aún hoy día permanece la unidad marroquí en Malabo, siendo ahora cuando se vuelve a hablar de su sustitución.

◆
²⁰ *Blanco y Negro*, 8 de octubre de 1988, p. 22.